

POBREZA Y EXCLUSION PSICOSOCIAL EN EL BRASIL¹ ALGUNAS CONSIDERACIONES TEORICAS

Héctor M. León Castro²

El propósito de este trabajo es investigar la relación que existe entre clase social pobre en el Brasil y conducta antisocial. Hay una fuerte asociación entre delincuencia, privación social, inequidad, ruptura familiar, inadecuadas relaciones familiares, y calidad de los cuidados y la crianza y finalmente los modelos de conducta.

La principal técnica empleada fue la revisión de historias de vida de adolescentes de la calle. Los resultados de esta investigación sugieren una crítica relación entre conducta antisocial, pobreza, influencias sociales de riesgo.

Palabras clave: *Conducta Antisocial, Pobreza, Deprivación Familiar.*

The purpose of this work is to research the relationship that exists between lower social strata in the Brazil and antisocial behaviour. Furthermore, an even stronger association is found for delinquency, a social deprivation and inequality, family disruption, inadequate or weak family relationships, questionable quality of care, questionable child-rearing practice, and finally, the question of models of conduct.

The main methodological technique employed was the examination of life stories. The results of this research suggest that a critical relationship exists between antisocial behaviour, poverty, social influences.

Key words: *Antisocial Behaviour, Poverty, Family Deprivation.*

¹ Versión resumida y traducida del Portugués, del Capítulo II de la Tesis de Doctorado en psiquiatría, presentada por el autor en 1997, en el Instituto de Psiquiatría de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Brasil.

² Doctor en Psiquiatría, por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Jefe del Área de Hospitalización de Mujeres del Hospital Hermilio Valdizan. Profesor de la Facultad de Medicina de la URP. Perú.
e-mail: Hleon_05@yahoo.com

Los países de América Latina alcanzaron su independencia al cabo de un largo proceso de colonialismo, que los llevo a soportar siglos de dependencia, explotación y atraso social; por lo tanto, la pobreza que afecta a gran parte de su población constituye sin duda un fenómeno histórico y estructural.

En ese sentido debemos preguntarnos, ¿Cual es la situación de la pobreza en el mundo actual? ¿Cual es su relación con los problemas estructurales del tercer mundo y del Brasil? La pobreza, es el problema social más importante del mundo moderno, tanto en los países desarrollados como en los dependientes (Wonsewer, 1985, Abranches, 1989).

Strehm (1991), al analizar las políticas de desarrollo en las últimas décadas, identificó que los beneficios de la modernidad sólo fueron aprovechados adecuadamente por un 16% de la población mundial, mientras que el 74% restante se empobreció aun más.

Dentro de esta perspectiva, el subdesarrollo, de cierto modo, representa una ruptura entre los centros industriales modernos en proceso de expansión y las regiones periféricas pobres en proceso de colapso. A nivel internacional este modelo se procesa en la escisión entre los países ricos del norte y los países pobres del sur.

Las grandes diferencias económico-sociales y culturales que separan los países ricos de los pobres son cada vez mayores y tienden a ser insuperables. En reciente informe sobre el desarrollo mundial, se calcula que aproximadamente mil millones de personas en todo el mundo luchan por su sobrevivencia, con ingresos menores de 370 dólares al año (Banco Mundial, 1990). Las dimensiones de la marginalidad y la exclusión social se manifiestan, ante todo, en los menores ingresos de

los sectores medios y pobres de la población y las características negativas de los indicadores y políticas sociales.

En la década del 80 casi todas las sociedades latinoamericanas retrocedieron más de veinte años en sus índices de bienestar. La situación de pobreza es similar a la que existía al comienzo de 1970 y el número absoluto de pobres en la región ha llegado a 160 millones (Brandão Lopez, 1992).

No hay duda que en la actual coyuntura de expansión del mercado mundial capitalista, las relaciones entre los centros de los países industrializados y de las naciones dependientes son cada vez más estrechas, debido a la expansión y el poder de los medios de comunicación, la actividad creciente de los consorcios multinacionales y la actual división geopolítica de los mercados.

Entonces, ¿Cual es el significado de esta situación? Este proceso expresa la tendencia de reestructuración del capitalismo a nivel mundial, que se manifiesta, en uno de sus aspectos, en la integración transnacional de los centros y la desintegración nacional de las periferias. Es decir, la aldea global no estará constituida por el mundo en su conjunto, si no por sus metrópolis ricas y modernas que, a manera de islas, se desarrollarán en medio de un gran mar de pobreza.

Aspectos Históricos del Desarrollo Económico y Social del Brasil

Como es lógico comprender, la situación social de los sectores menos favorecidos en el Brasil es consecuencia del modelo de desarrollo económico y social que el país ha tenido en las últimas centurias. Ensayaremos una breve revisión histórica.

La adaptación de la economía agro-exportadora brasileña del siglo XIX a las necesidades del mercado mundial de aquellos tiempos, estremecieron sus tradicionales estructuras, liberando paulatinamente la mano de obra de millones de campesinos que migraron hacia las ciudades.

Este proceso inicial de acumulación capitalista tuvo algunas características específicas. Los capitales utilizados en este desarrollo, surgieron de la combinación de inversiones extranjeras con capitales nacionales que se generaron principalmente en el período del «boom» del café y del caucho, fenómeno que dio un importante impulso a la infraestructura básica y al sector financiero del País.

Paralelamente, la fuerza del trabajo, utilizada en esta expansión económica, fue una combinación de mano de obra esclava recién liberada (fines de siglo XIX) y mano de obra calificada que procedía de la masiva migración europea (desde fines del siglo XIX, hasta la tercera década del siglo XX) estimulada por el estado que, a su vez, contribuyó rápidamente para la ampliación del mercado de consumo interno y la potenciación del desarrollo capitalista.

A su vez, las dos guerras mundiales, la crisis internacional del café en 1929, y el crecimiento de la industria del algodón, consolidaron en conjunto la expansión del parque industrial urbano, el crecimiento del proletariado y de las grandes ciudades (Berlinck, 1977).

Consecuentemente, estos factores permitieron que entre 1929 a 1937, exista un importante crecimiento de los bienes de capital, el coeficiente de la importación creció a niveles importantes generando un déficit de la balanza comercial (Furtado, 1986). Para contraponer esta situación se realizaron grandes

aumentos de las tarifas de los productos industriales, con excepción de las maquinarias, que generó ciertamente un crecimiento del mercado interno en lo fundamental cautivo.

Como era de esperar, estos fenómenos permitieron el crecimiento del producto real per capita y el ahorro interno. A su vez, el lucro industrial y los créditos estatales experimentaron un crecimiento sostenido. Así se generó el creciente desarrollo industrial, que se desarrolló hasta fines de los años 50, y que luego fue continuado por el llamado *Milagro Económico*, ocurrido al final de la década del 60, y los posteriores procesos de reestructuración capitalista de los años 80 y 90 del siglo XX.

Entre 1956 y 1960, el país logro doblar su producción industrial, estableció los cimientos de su industria automovilística, potenció sus carreteras, así como la total edificación de su capital, Brasilia. Pero, paralelamente se vivió un marcado período inflacionario, caracterizado por el aumento de los precios de los alimentos y la consecuente migración de las masas empobrecidas a las ciudades. En este período también se produjo la gran expansión interna del capital extranjero asociado a la burguesía nacional.

Este fenómeno político social, sentó las bases para la instauración del régimen militar en la mitad de la década del 60. Basados en la doctrina de Seguridad Nacional, impusieron un Estado autoritario, que subordinó la política social a la lógica de la mayor acumulación capitalista (Paez, 1992).

En realidad, la llamada “milagrosa” expansión de la economía brasileña se hacía a costas de la pauperización y del silencio forzado de los trabajadores. Las multinacionales obviamente consolidaron su presencia en las

industrias de punta, y en el campo paralelamente hubo una violenta expropiación y expulsión de millones de pequeños propietarios y trabajadores rurales que tuvieron que migrar para las ciudades

Claro está que en este período, más del 52.5% de los asalariados recibían menos de un salario mínimo (Paez, 1992). Para sobrevivir fueron obligados a multiplicar las horas de trabajo extra, y más miembros de la familia entraron al mercado de trabajo, y en la medida que la pauperización continuó creciendo, los niños tuvieron que ganar las calles, abandonando la escuela y su propia infancia.

Los hechos sugieren que el desarrollo capitalista del país se basó, ante todo, en la acumulación acelerada del capital y la concentración de la renta en pocas manos, que trajo como consecuencia el extraordinario crecimiento de las desigualdades sociales, la explotación y la miseria de la clase trabajadora. Por eso, en el Brasil, la pobreza, la marginación y la exclusión social continúa siendo una de las principales deudas sociales internas que deben ser pagadas prioritariamente.

Pobreza, Marginación y Exclusión Psicosocial

En realidad, la pobreza está asociada a la marginación y a la exclusión social. La primera expresa un problema fundamentalmente económico, de no integración a los beneficios materiales de la sociedad. El excluido, además de su situación de carencia material, no ejerce sus derechos de ciudadano (a nivel político, cultural, etc.) y generalmente es estigmatizado, al ser considerado peligroso para la sociedad (Pinheiro, 1994). Desde nuestro

punto de vista, la exclusión social, también debe tomar en consideración otro tipo de exclusión, la psicosocial, que a menudo sufren los sectores más pobres de la población, que se expresa en alienación, sufrimiento psíquico, divergencia y conducta antisocial.

En décadas pasadas, se postuló que la marginación social constituía una falta de integración de las masas pobres a las estructuras sociales del país (Berlink, 1975, Kowarick, 1975). En realidad, se partía de la equivocada noción de que la estructura social posibilitaba la integración paulatina de los grupos marginales. De esta manera, según este punto de vista, la marginalidad resultaba de una inadecuada actitud de los individuos para aprovechar los beneficios del sistema.

Sin duda, esta teoría se comportaba como una concepción mistificadora del sistema político y social, pues a la luz de sus postulados las consecuencias sociales (marginación, exclusión) se convertían finalmente en la causa del problema. Es claro que mientras las estructuras económico-sociales y el modelo de desarrollo generen la literal expulsión de millones de trabajadores y los lleven a la desocupación y subocupación, la marginación social será la consecuencia natural de ese estado de cosas.

En una posición crítica, el estructuralismo histórico considera que el capitalismo, en ninguna parte de América Latina, ha logrado convertirse en locomotora del desarrollo social (Quijano, 1978). Obviamente ha generado islas de crecimiento, pero asociado a una amplia desintegración de la economía artesanal-agraria que es la base del trabajo extensivo.

Teóricamente, el desarrollo debería partir del sector moderno en dirección a los secto-

res tradicionales (agricultura y artesanía), llevando al país a la modernización. Sin embargo, los hechos demuestran que la gran industria sólo ha creado pequeñas áreas de crecimiento, orientadas a los intereses del mercado mundial, beneficiando principalmente a los estratos de mayor poder adquisitivo de la sociedad.

De esta forma, la fuerza de trabajo desempleada o subempleada formó una especie de ejército industrial de reserva. Sin embargo, debe destacarse que el uso de esa categoría creada por Marx, es contradictoria según la visión de algunos autores (Melfo, 1981).

Marx consideró tres formas de ejército industrial de reserva: la fluctuante, la latente y la estancada (Marx 1994). La fluctuante, se encontraba en los centros industriales, bajo la forma de trabajadores que van de función en función, atraídos o repelidos por los movimientos de la tecnología y el capital. La población latente, se encontraba en las zonas agrícolas, donde no existía contra movimientos de atracción que permitiesen compensar tal fenómeno de repulsión. Finalmente, el sector estancado, era pequeño, irregular, marginal y en algunos casos se confundía con la indigencia.

¿Esta realidad estudiada por Marx, puede reflejar la actual situación del Brasil? Obviamente que no. La población fluctuante, en la actualidad, es bastante pequeña; la latente, desde hace décadas se encuentra en las grandes ciudades conformando el amplio sector de los pobres urbanos. El sector estancado, aquel estrato que se encuentra en la línea de la pobreza o en la indigencia, está conformado por 32 millones de personas o 9 millones de familias, según las estimaciones del Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA) (Apud Medeiros e Beghin, 1994).

Lo cierto es que amplios sectores de la población excedente se transformaron en estancada, aquella que durante generaciones es constituida por los pobres estructurales, y que tienen escasas posibilidades de ingresar al mercado de trabajo moderno (Abranches et al., 1989).

Por eso, compartiendo las afirmaciones de Melfo (1981) podemos señalar que este sector habría dejado de formar parte del ejército industrial de reserva clásico, pues su función en la regulación del sistema productivo, y de presión en la oferta de trabajo, con la finalidad de mantener los salarios en un nivel determinado, es mínima o inexistente. De esta manera, se deduce que la categoría ejército industrial de reserva debe ser relativizada, en consideración de la nueva realidad socio económica que vive el País.

Retomando nuestra discusión inicial, debemos reafirmar que la marginación y la exclusión social también tienen un componente, cultural y psicosocial. Como refiere Brody (1966), los pobres son virtualmente excluidos de la cultura a la que pertenecen. Por eso, en gran medida, necesitan de formas marginales de sobrevivencia, ejerciendo actividades de baja calificación, como trabajador autónomo, de servicio doméstico, vendedor ambulante o artesano.

Cabe además destacar que esta gran masa marginal, por su situación de exclusión de los beneficios culturales, políticos y psicosociales de la modernidad, puede presentar, en mayor medida, anomia social y alienación, que generalmente se expresa en soledad, desmoralización, desorientación en los proyectos personales, confusión en las identidades, prácticas de conductas de riesgo, contribuyendo a la aceptación conformista de la situación dominante.

Es necesario señalar que Seeman ha esbozado 5 niveles de alienación psicosocial (apud Marín, 1993). La primera y la segunda, se expresa en el sentimiento de falta de poder para realizar lo que se pretende y a la falta de sentido de las acciones individuales. La tercera, se relaciona a la carencia de normas que canalizan la conducta de los individuos. La cuarta, se vincula al sentimiento de aislamiento cultural, producto del cual se atribuye escaso valor a los objetos y valores de la sociedad. Finalmente, la quinta, comporta cierto grado de auto desconocimiento que se asocia al sentimiento de extrañeza de las propias acciones.

En síntesis, estos últimos sentimientos repercuten negativamente en la estructuración de la personalidad y en la salud mental de los individuos. La postergación indefinida de las necesidades primarias y emocionales se asocia, con frecuencia, a estilos cognitivos disfuncionales, baja autoestima y conducta antisocial.

Es importante anotar que hay una fuerte relación entre el sufrimiento psíquico, baja autoestima, desmoralización y fracasos en los proyectos de vida (Gobbi et al, 1989; 1990). La sociedad, al relegar social y culturalmente a las personas, con mayor probabilidad las predisponen al fracaso y las tornan más vulnerables psico-socialmente.

Una posible consecuencia de tal situación, es la adquisición de valores y metas del sistema dominante que se tornan contradictorias con su existencia y que puede, a su vez, producir una capacidad de adaptación disminuida, influenciando negativamente su estructura de personalidad (McIlroy, 1990). Tal parece que esta perspectiva cultural, interfiere poderosamente en la adquisición de su identidad, lo hace más vulnerable y restringe su

visión sobre el verdadero papel que le corresponde en la sociedad.

Desigualdad y Estructura Social

Frecuentemente, la expresión “estructura social”, en la tradición de las ciencias sociales, caracteriza a la red de relaciones de una sociedad. En ella se incluye, ante todo, las relaciones de producción, de clase, grupos regionales, sociales, políticos, religiosos, y de raza.

En este sentido, Levada (1973) y apud Stacey (1976) consideran que para la formación de esta estructura, es necesario un sistema de diferenciación tanto “horizontal” como “vertical”. En el primer caso, se realiza entre esferas separadas, pero del mismo nivel en la actividad social (ejemplo: trabajos complementarios en la fábrica). En el segundo caso, la diferenciación es jerárquica, expresada en múltiples niveles políticos, educacionales y administrativos de la sociedad.

De lo anterior debe deducirse que la estratificación social se manifiesta en factores diferenciados de educación, entrenamiento profesional, proyectos, oportunidades, acceso a los servicios, estatus, bienes culturales y simbólicos, etc. Por tal motivo, la estratificación social puede ser definida como la desigualdad social relativamente duradera de condición y oportunidad social.

Sin duda que la doctrina liberal ha puesto énfasis en el desempeño, la meritocracia (Kameyana, 1992) y la libertad del individuo, factores que teóricamente permitirían conquistar status y posición social. Desde nuestra perspectiva, no es verdad que en la sociedad liberal todos tengamos la libertad y la posibilidad de obtener ascenso social, como consecuencia de nuestros méritos y esfuerzos personales.

En esta competición, dirigida por el principio de dejar hacer y dejar pasar, no puede igualarse a los desiguales, ni tampoco puede haber una sola regla para todos, tomando en consideración que la estratificación social, desde antes que nazca el individuo, nos ofrece las oportunidades diferenciadas en función de nuestra clase social, raza, status, etc. Sustentar reglas aparentemente igualitarias entre los desiguales, de hecho, constituye una abierta defensa de tales diferencias. En verdad, la historia de vida de los individuos está dirigida por una serie de vectores estructurales, y condicionada por otras tantas restricciones de clase social, sexo, estatus, oportunidades educativas y culturales.

Haciendo una analogía, cada individuo al nacer, en cierta medida, es como la pieza de un rompe cabezas. No encaja en el lugar que le interesa o desea, por el contrario ocupa una posición determinada en función de un conjunto de factores, entre los que destaca las características de la figura total, el número de piezas vecinas, el espacio vacío por ocupar, la orientación de sus bordes, la compatibilidad de los colores. Es decir los equivalentes limitantes de clase, sexo, educación y estatus que a nivel social determinan la movilidad social. Sin embargo, debe destacarse que las variables micro-sociales, individuales y el azar, permiten que el determinismo en este caso no sea absoluto.

Los hechos sociales sugieren que cuando una persona presenta un mayor grado de descenso social o se encuentra en el límite de la sobrevivencia, aquellas restricciones adquieren un peso enorme en la limitación de las oportunidades, fomentando mayor exclusión social. Obviamente que estas condiciones, al interior de la pobreza crítica, deja de ser un fenómeno aislado y, en muchos casos, se manifiesta como una pesada herencia a través de muchas generaciones.

Precisamente, Figueira de Mello (1991), en un estudio sobre la marginación de los jóvenes pobres de Sao Paulo, llega a la misma conclusión. Las múltiples restricciones socio-culturales, generan desventajas en cadena, sobre las oportunidades y la movilidad social. En realidad, la segregación socio-económica-espacial lleva a estas poblaciones a auto-excluirse de las zonas centrales, y los empuja a retirarse a las periferias, que generalmente carecen de una adecuada estructura urbana y de sistemas de apoyo social.

En estas condiciones, niños del subgrupo más pobre también son virtualmente expulsados del sistema educacional, perdiendo de esta manera el principal factor de movilidad social: la educación escolarizada. Cerrada esta compuerta, se abren otras compensatorias vinculadas a las actividades marginales y anti-sociales.

Stacey (1976), al debatir la categoría de *movilidad social*, reconoce que existen múltiples factores que explican la movilidad ascendente, y los resume de la manera siguiente :

1. Talentos, personalidad y aspiraciones.
2. Influencias de familia (nivel económico, status).
3. Oportunidades educacionales y vocacionales.
4. Desempeño educativo y vocacional.
5. Factores aleatorios e incidentes de la vida.

El autor señala claramente la compleja relación entre factores socio-culturales y psicosociales. Esto significa que las fuerzas sociales a través de la socialización, contribuyen poderosamente para la formación de la personalidad que, a su vez, influye en el des-

empeño, motivación y realizaciones personales, aspectos que finalmente actuarán como factores de retroalimentación y de mediación entre lo psicológico y lo social.

De esta manera, se comprende por qué circunstancias familiares adversas, con bastante frecuencia, se asocian al desempeño escolar pobre con la consecuente limitación de las oportunidades ocupacionales futuras. Estas condiciones materiales y culturales deficitarias influirán a su vez en el desarrollo de rasgos caracterológicos y estilos de vida que retroalimentarán esa condición. En esa fluida relación, claramente el efecto contribuye a la perpetuación de la causa.

Así, los factores socio-culturales dirigen y restringen la historia de vida de un individuo, sin embargo los factores microsociales y psicológicos los modulan contribuyendo o no a la perpetuación de sus efectos negativos.

Aspectos Psicosociales de la Pobreza

Antes que nada, es importante no olvidar que el hombre es un ser socio-psicológico, con marcada individualidad psicodinámica y permanentes proyectos existenciales. Este importante aspecto del ser humano ha sido subestimado, sobre todo en la literatura de las ciencias sociales, olvidando los definidos aportes de la socio psicología, de la teoría del conocimiento y de la propia psicología social (Levy et al., 1994).

Por lo tanto, es necesario considerar una reciprocidad de influencias entre la sociedad, los grupos y las personas. En este problema es preciso observar dos hechos importantes. Hay una marcada influencia de las estructuras sociales sobre el individuo, pero también existe un importante influjo de las ideas per-

sonales y de los grupos sobre la sociedad, contribuyendo a modificar su estructura. Esta relación se comprende mejor cuando estudiamos a los sujetos en su vida cotidiana y en sus grupos de referencia.

Es importante esclarecer que el hombre particular nace en circunstancias, sistemas de expectativas e instituciones concretas. Él debe aprender a “usar” las cosas, apropiarse de los sistemas de uso y de las expectativas de la época, de un estrato social en particular (Berger e Luckmann, 1985). En la vida cotidiana el hombre se objetiva, formando su mundo inmediato, y formándose a sí mismo a través de la interiorización del mundo, o sea el proceso de socialización.

En este punto fundamental se comprende la importancia del individuo y su individualización en la historia de la vida cotidiana: “El hombre percibe y manipula el mundo en que nace partiendo siempre de sí mismo. En el centro del descubrimiento del mundo se encuentra siempre su propio yo” (Heller, 1987). Esto sugiere claramente que no existen hombres, sin motivaciones particulares. Todos sus sentimientos guardan alguna relación con su punto de vista particular. Por eso, inclusive motivaciones grupales pueden tener para el individuo motivaciones particulares. De esta manera, el individuo impregna su marca individual en el grupo y forma una relación recíproca con las fuerzas colectivas.

En suma, esta teoría fundamenta una crítica a una sociología abstracta, que analiza los procesos sociales en términos de un «determinismo absoluto» y que paralelamente se comporta como formuladora de grandes cuadros teóricos, pero distanciada de las situaciones donde se producen los verdaderos hechos sociales y en particular la extrema pobreza.

REFERENCIAS

- Abranches, S.H.; Santos, W.G. dos; Coimbra, M.A. (1989). *Política Social e Combate à Pobreza*. 2a. edição. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Banco Mundial (1990). *La pobreza: informe sobre el desarrollo mundial*. Banco Mundial. Washington D.C.
- Berlink, M.T. (1975). *Marginalidade social e relações de classe em São Paulo*. Petrópolis: Vozes.
- Brody, E.B. (1966). Cultural exclusion, character and illness. *Am. J. Psychiatry*. 122 (5): 852-8.
- Furtado Celso, (1986). *Formação Econômica do Brasil*. São Paulo: Editora Nacional.
- Figueira de Melo, M.C. (1991). Segregação sócio-espacial na cidade de São Paulo e marginalização da criança e do jovem. *Cad. de Pesquisa*. São Paulo (78): 5-15.
- Gobbi, M.; Santos, A.; Bacemi, V.; Ritano, M.; Coimbre, P. (1990). O papel das diferenças Sócio-econômicas na constituição do jovem adulto. *Revista Brasileira de pesquisa em psicologia*. 2 (02): 14-20.
- Gobbi, M., Neto, E., Santos, J., Lima, M., Araujo, E. (1989). O papel das diferenças Sócio-econômicas na constituição da personalidade do adolescente avaliado através da técnica de Sacks e Levy. *Revista Brasileira de pesquisa em psicologia* 2 (01): 57-61.
- Heller, A. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península. 2da edición.
- Kameyama, N. (1992). *A política de Assistência Pública e o clientelismo*. RJ: Escola de
- Marin, L.; Kauth, A.; Oitaviano, L. (1993). Aporte metodológico al conocimiento de la alienación psicosocial. *Acta psiquiat.psicol. Am. Lat.* 39 (3): 246-253.
- Kowarick, L. (1975). *Capitalismo e marginalidade na América Latina*. RJ: Paz e Terra.
- Lewy, A., Nicolai, A., Enriquez, E., Dubost, J. (1994). *Psicossociologia. Análise social e intervenção*. Organizadores Maria Machado et al. Petrópolis: Vozes.
- Melfo, H.D. (1981). *Marginalidad: un enfoque educativo*. Caracas: Editorial Centro Regional de Educación de Adultos.
- Paes, M.E. (1992). *A década de 60. Rebeldia, contestação e repressão política*. São Paulo. Editora Ática S.A. p. 7-95
- Quijano, O. A. (1978). Notas sobre o conceito de marginalidade social. In: Luiz Pereira. *Populações marginais*. São Paulo: Duas Cidades.
- Stacey, B. (1976). *Psicologia e estrutura Social*. RJ: Zahar editores.
- Strahm, R.H. (1991). *Subdesenvolvimento: Por que somos tão pobres?* Petrópolis: Vozes.
- Wonsewer, I (1985). Pobreza en la infancia, estilos de desarrollo y crecimiento económico. Montevideo: *Boletín del Instituto Interamericano del niño*. No 224.